



LA CONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE DE SIDNEY

ASOMBRO Y LEJANÍA DE SIDNEY

Entramos y echamos el ancla, y por la mañana / llegaron los oh-es y los ah-es de admiración / al avistar los recovecos del espacioso y / hermoso puerto –un puerto que es niño mimado / de Sidney y maravilla del mundo.

***Mark Twain,
The Wayward Tourist***

Cada año desde hace casi un lustro Miguel Aguiló se consagra al estudio de una ciudad para ACS. Y después de meses de empaparse de ella, de

leerla y visitarla, entrega un volumen bello y exhaustivo, que se ocupa de la urbe elegida desde un punto de vista técnico y estético, que es el doble aliento que anima la trayectoria de este ingeniero de Caminos, profesor emérito y catedrático de Arte y Estética de la Ingeniería Civil de la Universidad Politécnica de Madrid.

Después de Madrid, Nueva York y Berlín, aterriza Aguiló en Sidney, una ciudad “fascinante”, un “pequeño paraíso” desde donde “todo está lejos”. “Las principales ciudades asiáticas quedan a 7.000 kilómetros, las

americanas a más de 10.000... Y por detrás está el outback, ese desierto gigantesco”, señala para ilustrar el monopolio urbano que la ciudad australiana ostenta en 5.000 kilómetros a la redonda. La esplendorosa soledad de Sidney causa una extrañeza “enormemente placentera”.

Esa lejanía estimula en sus antípodas la curiosidad general por una ciudad en buena medida desconocida más allá de sus iconos: Bondi Beach, la Ópera de Jorn Utzon o el contiguo Harbour Bridge, que iluminado de fuegos artificiales inaugura cada 1 de enero el carrusel global de celebraciones del año nuevo. “No todo el mundo puede ir y la gente tiene ganas de saber de ella”.

La construcción del paisaje de Sidney cumple con creces la misión de esclarecer la historia de una ciudad extraordinaria. La primera tarea de Aguiló y su equipo fue enfrentarse a la sobreabundancia de información: “Allí lo tienen todo documentado, y tienes que escarbar para ir más allá de la uniformidad de los datos, para que aflore lo interesante, las contradicciones, que son la vida misma. Esa labor de desvelamiento, de descubrimiento casi arqueológico de lo que hay detrás de tanta belleza, es enormemente atractiva”.

Paraíso inhóspito

El sitio de Sidney y su breve historia urbana están muy lejos de ser planos. La belleza del lugar contrasta con la dureza de las condiciones que tuvieron que afrontar los primeros colonos europeos llegados a finales del siglo XVIII. “Los aborígenes habían conseguido una sintonía vital con un mundo difícil de vivir. Cuando llegan los primeros británicos creen

encontrarse en el paraíso, o en un gran jardín inglés, pero luego se mueren de hambre. Historias como esta, que yo no conocía, te reafirman en el interés del lugar. La gente cree que Sidney es un sitio trivial, pero ha surgido magnífica en un sitio durísimo. Es una historia de éxito”, subraya Aguiló.

En los primeros compases del libro se explican las graves carencias de recursos básicos y las dificultades para el cultivo en la colonia penitenciaria original. Y ya establecida y transformada en próspera ciudad, los enormes problemas de saneamiento. “El paisaje es fantástico, pero el agua es obstinada y todo lo que tú haces con ella va a parar a la bahía. Si quieres eliminar los residuos tienes que recogerlos abajo, bombearlos y llevarlos lejos. Las soluciones de abastecimiento y saneamiento, que siempre van unidas, costaron decenas de años, túneles y túneles, bombeos y depuradoras”.

Un acontecimiento sirve de aldabonazo a finales del siglo XIX. Cuando los desechos del matadero instalado a orillas de la bahía atraen la presencia de cientos de tiburones y tiñen sus aguas de rojo, la ciudad adquiere conciencia de que tiene que cuidar de un entorno privilegiado que es también tesoro ciudadano. Las obras de abastecimiento y saneamiento quedan vinculadas entonces al cuidado y embellecimiento del entorno y a la creación de parques. En esa misma época surge además el descubrimiento de las playas como seña de identidad y lugar público de disfrute masivo.

El viejo presidio se transforma en ciudad floreciente y orgullosa. Y

buscando referentes en que mirarse para crecer se ve más reflejada en la experiencia norteamericana que en la metrópolis británica. Lo explica Aguiló: “En un país como aquel, lejano, desértico, no tiene ningún sentido plantearse ser como Europa, un modelo colmatado, con siglos de irse haciendo. Aquello es distinto. Es la conquista del Oeste. Empieza en el puerto, en the Heads, los dos cabezos de acceso a la bahía, y es un avanzar poco a poco, poblando el territorio, llegar a las Blue Mountains, conseguir agua cada vez más lejos, y todavía hoy la ciudad sigue haciendo grandes obras para aproximarse a su Oeste. Y es un territorio bravo, todavía indómito, que sigue ardiendo periódicamente porque su vegetación se autocontrola con el fuego. Europa no es eso, es otra cosa. Con Estados Unidos hay una gran semejanza territorial. También en la escala de la bahía. No hay una ciudad europea que tenga esa bahía, y en Estados Unidos hay varias que tienen territorios acuáticos de esa importancia”.

Sidney busca referentes en América y los copia. Uno de los ejemplos más notables es la construcción del icónico Harbour Bridge (1923-1932). John Bradfield, ingeniero de la ciudad y diseñador del puente, viaja a Nueva York para ver sobre el terreno las soluciones más innovadoras “en un momento”, explica Aguiló, “en que la cuestión de los cruces del East River estaba absolutamente candente. El puente de Brooklyn era respetado por todo el mundo, pero la mayoría de ingenieros apostaban por una solución más barata y tecnológica”. En esa tensión entre lo funcional y lo representativo, Bradfield, que llegó a Estados Uni-

dos con un modelo tecnológico en la cabeza, volvió a casa convencido de que lo que la ciudad necesitaba era un puente icónico.

Urbe desparramada

La adopción de un modo de vida parecido al norteamericano –“el modelo de la casa, la familia, el coche, la parcela”– ha generado problemas como la omnipresencia del vehículo particular. “Tienen una geografía que no es nada fácil, y la herencia de esos suburbios gigantescos no hay quien la cambie. La ciudad es así y así hay que atenderla. El transporte público es excelente, pero si quieres llegar a tu destino debes combinarlo casi siempre con el coche”. En un territorio invadido por la bahía, donde el agua lo interrumpe todo, la ciudad es muy dependiente de las circulaciones, que se concentran en un puñado de túneles y puentes que tienden a saturarse. Pero sus habitantes conviven con ello en tanto se ponen en marcha ambiciosos proyectos de redes arteriales en los que ACS participa a través de CIMIC, su filial australiana.

Sidney no es ajena, pese a su imagen idílica, a las tensiones propias de una gran urbe. “La prioridad del coche respecto al peatón es a veces un poco violenta. Y hay una sensación enorme de ocupación del territorio. Todas las laderas están construidas. El sueño de cada habitante es tener una casa con vistas a la bahía y están muy cotizadas. Hay una pugna por el último metro. Hay equilibrio, pero también cierta agresividad. Y últimamente preocupación ante la gran invasión turística y la trivialización de la ciudad”. Espacios de baja calidad creados para el turista, como el muelle-feria de Darling Harbour,

contrastan con otras acciones más afortunadas que han conseguido adaptar antiguos muelles y almacenes portuarios a un uso residencial.

La ciudad se desparrama en multitud de barrios con una acusada personalidad. “Cada uno de ellos es distinto y tiene su especial idiosincrasia: su centro, sus costumbres, su cocina, sus maneras, y muchos no quieren integrarse en el Gran Sidney de ninguna manera. Es curioso el encaje de las identidades locales con el ámbito regional de trabajo, vida, disfrute, deporte y comercio. Funciona todo de una manera conjunta y equilibrada”.

Todo ello lo cuenta Miguel Aguiló con profusión de imágenes y refe-

rencias en La construcción del paisaje de Sidney. Su próximo destino es Londres, “una ciudad difícil” en trance permanente de transformación y ahora expuesta a la tensión adicional del Brexit. Todavía no ha encontrado para la capital británica el hilo vertebrador que siempre articula sus libros y que en el caso de Sidney parte de las impresiones certeras de un recién llegado Mark Twain en 1895. En Londres no le faltará material literario. “Las ciudades son todas distintas, y cada una requiere una manera de acercarse... No se puede ir con una idea preconcebida, aunque la conozcas. Acaba surgiendo... Cada ciudad tiene su discurso y acaba escribiéndote a ti”.

ROP Borja Martínez, Revista LEER 280 - LEER para ACS - Págs. 36-37

